

Si es muy débil, no existen escrúpulos: el bien y el mal son iguales: poco importa perjudicar á los demas: con tal de conseguir el fin todos los medios son buenos. Observemos qué anarquía resulta de la falta de este sentimiento: la idea de respetar en nuestros semejantes una organizacion imágen de la nuestra, impone muchas veces un freno útil á los impulsos instintivos de las pasiones, y he aquí que este freno no existe; he aquí que nuestra autoridad sobre las pasiones ha perdido una palanca poderosa, y no tardamos en ser precipitados en mil escollos, en mil errores, en mil abusos de nuestras facultades. Hemos visto que la destructividad y adquisividad no podian conducirnos al robo y al asesinato, sino en ciertas condiciones únicamente, como la influencia del ejemplo y de la educacion, secundadas por la carencia del sentimiento de justicia. Nada es mas propio para contener estas inclinaciones en los limites racionales que esta noble facultad. La injusticia es un mal real: lo es para aquel que la sufre, porque es violado, por decirlo así, en su domicilio; y lo es para la sociedad, que es testigo, pues que se falta á una ley de nuestra naturaleza, que nos ha hecho conocer el mal, y nos ha dado los medios de impedirlo ó reprimirlo. Una injusticia, cualquiera que sea, de cualquier color que se vista, es siempre un acto que hiere el sentimiento de conciencia, sacrificando los derechos imprescriptibles de la organizacion.

La falta de este precioso sentimiento nos hace formar juicios falsos, porque nos es imposible suponer en los otros lo que nosotros no sentimos, y atribuimos á otros móviles, á motivos interesados, las acciones mas puras, de mayor abnegacion, las mas esclavas del sentimiento de justicia.

Es muy importante acostumbrar á los niños al ejercicio de este sentimiento: ya lo ejercitan en sus juegos, en los que son condenados y castigados por todas las infracciones de las reglas convenidas: y debería hacerse lo mismo en circunstancias mas graves: por ejemplo, en el juicio de las faltas de sus camaradas. Desearíamos ver en las escuelas y colegios esa especie de jurado, llamado frecuentemente á juzgar del valor moral de las acciones. Nada sería mas capaz de desarrollar en los niños esos sentimientos varoniles y generosos, que nos hacen tomar la defensa de todo lo que es bueno, independientemente de todo interés personal, y rechazar lo malo aunque haya peligro en hacerlo: ejemplo noble que lleva al mas alto grado la satisfaccion de nosotros mismos, y que no queda nunca estéril. Pero una educacion de esta naturaleza exige

un padre y un maestro que esté al abrigo de toda reecriminacion por su conducta regular y su imparcialidad.

Pasemos ahora á los resultados del esceso de desarrollo de este sentimiento. Aquí vemos que se nos detiene, no comprendiendo cómo el esceso de conciencia puede ser un defecto, ó mas bien cómo puede haber nunca esceso en el sentimiento de justicia. Sin embargo, nada hay mas cierto, porque la facultad de que nos ocupamos no tiene ningun privilegio sobre las otras, y puede producir como ellas el bien ó el mal. En efecto, este esceso crea en nosotros temores exagerados de obrar mal, de inquietudes continuas de haber cometido alguna injusticia, y remordimientos mal fundados. Puede llevarse hasta el punto de encadenar todas nuestras facultades, siempre que se trate de obrar en interés nuestro, y desarrollarlas al mas alto grado cuando se trate del interés de otros. Hay entonces en nuestra conducta mas que *desinterés*, mas que *generosidad*, virtudes que reducimos al sentido moral, hay *tontería*, y nuestra facultad es la primera en condenar este resultado, porque quiere que cada uno sea tratado segun sus obras, y nunca el malo como el bueno; es la que manda á la ley que castigue al culpable, no con objeto de vengarse, sino para corregir y mejorar al hombre; para hacerle conocer que la justicia no es una palabra vana; que está en la naturaleza de las cosas; que se deriva de la organizacion; que exige un mal pasajero y material, para llegar á un bien sólido y moral.

El desarrollo del sentimiento de justicia, si bien es cierto que procura la inefable dicha de la satisfaccion de la conciencia, es tambien el manantial de muchas penas; porque no puede soportarse sin un dolor profundo, sin una viva indignacion, el espectáculo de las injusticias de que el hombre es víctima muchas veces. Por último, á esta facultad se debe la tolerancia; es decir, el respeto por el derecho que todo hombre tiene de pensar de su modo.

Tal es el sentimiento de justicia: sentido moral de los Psicólogos; aislado, tendria poca influencia; pero sostenido por otros sentimientos, y por la inteligencia, que los esclarece, eleva la existencia humana, y ayuda al hombre á dirigir la conducta de su vida. Sin embargo hay en él algo de severidad, y gana alguna cosa cediendo algunas veces al sentimiento de

BENEVOLENCIA.

Ciertamente era un error confundir este sentimiento con el anterior, como lo habia hecho Gall, el cual pretendia que la benevolencia era un grado de accion mas elevado en el sentimiento de lo justo y de lo injusto. En este punto, el ilustre fundador de la frenologia ha sido abandonado por todo el mundo, y no hay un solo frenologista que no se haya rendido á las razones de Spurzheim.

La propiedad de este sentimiento es la de disponernos á sufrir por el mal de otro, y á tratar de remediarlo; á crear en nosotros una sensibilidad mas ó menos esquisita, en virtud de la cual nos compadecemos de la desgracia, deseamos verla terminar, y contribuimos á aliviarla en cuanto nos es posible.

He aqui lo que tiene de bueno; pero el hombre demasiado benévolo se deja arrastrar mas allá de estos limites: su beneficencia se transforma en natural bondad, y muchas veces en debilidad, siendo juguete de todas las impresiones que le asaltan; nada es por si mismo; perdona siempre, no sabe castigar nunca, y confunde asi al bueno con el malo; al inocente con el culpable, y la benevolencia insulta sin cesar al sentimiento de justicia. Hay entonces desórden, y este desórden engendra el mal. Preciso es saber resirtir á los impulsos de nuestra sensibilidad, y de nuestra benevolencia. No es por cierto moral favorecer la pereza y los vicios por una caridad ciega; preciso es hacer solo bien al que lo merece, pues lo digno, lo bello es consagrarse á un desgraciado, y ponerle en estado de bastarse á si mismo por el desarrollo de todas sus facultades. Para esto debe venir el espiritu de justicia en ayuda de la benevolencia, á fin de dirigir su empleo; pero la circunspeccion debe tambien muchas veces ejercer sobre ella un derecho de censura. Hacer bien en el momento, y al primer llegado, á espensas del porvenir y de los demas, muchas veces de aquellos que mas lo merecen, es faltar, no solo á la justicia, sino á la inteligencia y á la razon; es ponerse con frecuencia en el caso de no poder continuar una buena obra; es pribarse de hacer mas tarde buenas acciones. La benevolencia no debe ejercerse con detrimento de las otras facultades, y está obligada en su desarrollo á respetar á las demas en la esfera de su actividad.

Este mismo sentimiento nos conduce á la *filantropia*. Esta vir-

tud, de que nosotros no vamos á trazar la historia, está mas esparcida de lo que se cree comunmente. Los que quieren negar su existencia, llegan á esta paradoja formando un ser complejo, compuesto de un gran número de virtudes. Para ellos no es filántropo mas que el hombre completamente desinteresado, que no hace el bien ni por orgullo, ni por vanidad, ni por engaño, ni por ostentacion: que se oculta siempre para ejecutar sus buenas obras, y que desecha enteramente su fortuna para consagrarse á los pobres. En este retrato se reconoce sin duda un tipo de filantropía, y el mundo seria muy dichoso si esta virtud no se presentase sino con estos rasgos admirables, y con tan noble acompañamiento; ó mas bien, sufriría mucho con su falta, porque en la naturaleza humana abunda mas la imperfeccion que la perfeccion, y la filantropía, tal como la vemos diariamente, no es por lo general mas que una virtud incompleta. Tomemos acta de este hecho, y sin rehusar el mérito al filántropo, cuya organizacion pecará por defecto de algunas facultades, ayudas naturales de la benevolencia, no le coloquemos demasiado alto en la escala de la moralidad. La adquisividad, la estimacion de sí mismo, y el amor propio ó aprobatividad, piden estar notablemente pronunciados á la par que la benevolencia; estos son hechos demostrados, y las facultades que les corresponden conducen al individuo á adquirir para sí, á buscar la aprobacion y los honores, á elevarse sobre la multitud, al mismo tiempo que á practicar el bien. Este contraste no debe admirarnos. ¿No se han visto ladrones, que han empleado sus ilícitas ganancias en aliviar la desgracia? Tales hombres, se dice, no tienen realmente el amor del bien: todo lo que hacen es engaño y cálculo. Este razonamiento es falso, porque el engaño y el cálculo, pueden mezclarse con la benevolencia, modificando sus manifestaciones; pero nunca destruirla, y el hombre, á pesar de sus defectos y de sus vicios, puede experimentar la necesidad de socorrer á sus semejantes.

Por otra parte, como ya hemos dicho, la demasiada benevolencia perjudica al espíritu de justicia y á las otras facultades, é introduce el desórden en nuestro gobierno interior. Lo mismo sucede con su falta: esta escita la aversion y el odio, tanto como el exceso produce la conmiseracion. La indiferencia, la sequedad de corazon, la insensibilidad, la maldad misma, son los resultados de la falta de benevolencia. Una organizacion de este género nos priva de uno de los mas nobles privilegios del hombre: el de ayudar á nuestros semejantes; de esa felicidad de conciencia que tanta fuerza y valor

nos dá, y nos sostiene en circunstancias muy difíciles. El hombre desprovisto de benevolencia peca contra nuestras leyes fisiológicas, privando á las otras facultades de ese tono de dulzura y de amenidad que tan poderosamente sirve á su actividad, y les añade influencia; hace mas: daña positivamente á su desarrollo, suscitando á su alrededor tantos enemigos como amigos hubiera podido hallar. La educacion fisiológica de un ser de este género, hombre ó niño, deberá ceñirse á probar con hechos el poder y la influencia de la bondad, su autoridad, sus felices resultados; á demostrar que esta facultad es necesaria para que haya orden y armonia en el ejercicio de las demas; que es tan útil al hombre y tan respetable como las otras facultades: para esto bastará hacer la historia de la benevolencia, segun el cuadro que hemos trazado, dirigiéndose siempre con preferencia á las facultades mas desarrolladas en el sugeto que se trate de formar.

ESPERANZA.

Las facultades de que hemos hablado hasta ahora, hacen vivir al hombre solo en lo presente; la repeticion de las impresiones recibidas le da la memoria de lo pasado, en donde parece revivir; pero no limita á esto su actividad, pues le vemos todos los dias lanzarse hasta en el porvenir. Allí se trasporta, animado por el sentimiento de la esperanza, y allí goza desde luego del desarrollo de sus facultades. Gracias á este sentimiento puede introducir algun orden, algun encadenamiento en los actos de su vida, porque el presente, demasiado rápido, se le escapa en el momento en que se apodera de él.

Veamos lo que resulta de la privacion de este sentimiento, y comprenderemos al instante cuán necesario es á la existencia. El que no tiene esperanza no hace caso mas que de lo presente, no estima el valor de las cosas sino por su resultado inmediato, y, si este resultado tiene que hacerse esperar, es nulo á su juicio. Así es que no vemos á ningun hombre de este género concebir ningun proyecto, entregarse á ninguna especulacion, emprender ningun trabajo de duracion, meditar ninguna de esas profundas concepciones que, meditadas por largo tiempo, concluyen por hacer nacer esos grandes resultados que hacen caminar un paso adelante á la humanidad. Hay mas aun: no teniendo fe mas que en lo presente, y no encontrando muchas veces mas que miseria y vanidad, se dis-

gusta, desespera de la humanidad, de si mismo, y desea el fin de su desgraciada existencia, cuando no llega hasta el suicidio.

La cuestion está juzgada bajo el punto de vista fisiológico, con solo reflexionar sobre este encadenamiento de hechos; sobre este resultado final. La esperanza es, pues, necesaria al ejercicio de las funciones del organismo, y la economía padece siendo débil su desarrollo. Nunca sabremos reanimar bastante la fé en el porvenir en el que no sabe alimentarla; preciso es conducirla progresivamente desde la esperanza de ayer á la del día siguiente, de esta á una mas lejana, hasta que un cálculo de probabilidades viene á imponer límites á esta propagacion. A nuestra disposicion tendremos mil medios: la historia nos proporciona multitud de ejemplos para confirmar nuestras instrucciones, y no tendremos mas que escoger. Es importante notar que el hombre no se engaña en su esperanza, sino cuando ha descuidado alguno de los elementos sobre que se funda.

Vamos á examinar ahora cómo se establece y traspasa los límites razonables en aquellos en quienes predomina. Nada es para ellos el presente: el porvenir lo es todo; pero este porvenir es, por compensacion con lo actual, el bello ideal, lo que hay de mas completo, de mas grande, de mas admirable en el mundo. Se lanza, pues, en este océano del porvenir con sus proyectos entusiastas; pero compromete, sin consecuencias, la actividad de sus facultades, las cuales son bien pronto detenidas porque no habian medido la importancia de los obstáculos, y no alcanzan generalmente el objeto que se habian propuesto.

Estas pocas palabras bastan: la organizacion es tambien en esto imperfecta, y peca, ya por exceso, ya por defecto, pues que una facultad vagabunda puede inducir en error á las otras, y herir de esterilidad su mas enérgica actividad.

La higiene de esta manera de organizacion no es cosa fácil de dirigir; ó al menos debe comenzarse desde muy temprano; y al cálculo, es decir, á la aritmética es preciso contraer todas las esperanzas exajeradas. Se nos dirá quizás que este cálculo de probabilidades ha perdido á mas de un hombre de esperanza demasiado activa, precipitándole en los cambios del juego. Es verdad que esta ciega locura, esta desgraciada pasion, se halla sobre todo entre estas personas; pero estamos seguros que en este caso el cálculo no ha sido bastante severo; no ha abrazado bastantes elementos; ha descuidado una porcion de incógnitas, y seria interminable demostrar cuán difícil es, si no imposible, apoderarse de todas las cir-

cunstancias que pueden modificar los cambios en los juegos de azar. Por otra parte, la inteligencia y los sentimientos morales, vendrán en nuestra ayuda para apreciar las deplorables consecuencias de este género de excesos, de esta confianza exclusiva en una facultad á espensas de las otras, con desprecio, sobre todo, de la circunspección, que no dejará de interponer su *veto*, si se la deja libertad para ello.

VENERACION.

Preciso es partir del impulso primitivo de esta facultad para comprender su abuso. Su mismo nombre puede darnos una idea justa de su cualidad fundamental: la inclinacion á respetar y á honrar.

El hombre no es un Dios: sus fuerzas intelectuales, como sus fuerzas físicas, tienen límites que no puede traspasar; desde que fué colocado sobre la tierra, nos prueba la historia que no ha dejado de hacer esfuerzos para ensanchar los límites de su poder y no sin resultado. Evidentemente posee hoy mas fuerzas físicas, por medio de las cuales mueve y trastorna la naturaleza inerte, que otras veces se le resistía; por otra parte, por una observacion continuada é ilustrada, ha llegado á comprender el encadenamiento riguroso de los fenómenos que antes le parecían sin orden y sin ley, y la inteligencia ha creado esas admirables obras maestras; pero en nuestros dias, como en los primeros tiempos del mundo, el hombre encuentra aun en la naturaleza resistencias que no puede vencer; en la esfera intelectual, fenómenos que no puede comprender, y por do quiera vé á su Señor sobre sí. Esto es, pues, lo que venera.

Sin embargo, el objeto de su veneracion varia hasta lo infinito; pero, cualquiera que sea, es preciso que haya siempre, ó parezca haber, alguna cosa superior á nosotros, sea por las cualidades físicas, sea por las morales ó intelectuales. Así, por una parte, todo lo que es estremadamente grande, inmensamente voluminoso; por otra, todo lo que es notable por su duracion, su poder, su inteligencia ó su moralidad: todo esto es para nosotros una cosa respetable. Los signos nos sirven para designar las cosas, y acontece, en ciertas circunstancias, que tomamos el signo por la cosa significada, el cual viene entonces á ser el objeto de nuestra veneracion: aqui comienza la *supersticion*. Está fundada en un error, no del sentimiento de veneracion, sino de la inteligencia, á quien corresponde distinguir

la cosa del signo; por esto los pueblos mas ignorantes, como los hombres en particular, son los mas supersticiosos; pero hay necesidad de otras influencias para que se manifieste la supersticion.

El esceso de veneracion tiene el inconveniente de multiplicar demasiado los objetos de culto, y por consiguiente de dañar su autoridad comprometiéndola. El hombre que venera mucho querria que todos los hombres venerasen tanto como él; hace cuanto puede para atraerlos, colocando su veneracion muchas veces en objetos que no son verdaderamente dignos, y que hasta merecen el mas profundo desprecio. Asi falta á su objeto; si corrigiera este defecto y pusiera un freno á su veneracion, haria mas proselitos. Pero no son estos solos los defectos del abuso que señalamos: inspirándonos demasiada humildad frente á frente del objeto de nuestro culto, nos desarma cuando tendríamos necesidad de luchar, ó nos arrastra en favor del mismo objeto, á una indignacion que, por mas santa que pretendamos que sea, no conduce menos á los deplorables resultados de la cólera, cuando no nos hace instrumentos de un crimen. Nada hay mas feroz que el fanatismo ignorante, cuando cree vengár á su divinidad ultrajada.

Pero se comprende ya, por lo que hemos dicho, que el esceso de veneracion no basta para producir tan funestas consecuencias, puesto que es preciso que se reúnan otras circunstancias.

En cuanto á la falta de veneracion daña mucho al hombre y á la sociedad. Sin veneracion no hay nada de respeto, nada de deferencia á las autoridades, cualquiera que sean; nada por las leyes; nada por las superioridades; nada en fin, por la causa primera de todas las cosas. Este sentimiento de veneracion es un freno impuesto á la actividad de las facultades que nos impelen á cambiar y á destruir; cuando este freno falta, es necesaria al hombre una razon superior para resistir á esta atraccion; asi es que las mas de las veces se abandona á ella sin reserva. Ridiculiza todo homenaje, é incapaz de experimentar la necesidad del culto y de la adoracion, no lo respeta en los demas; le apostrofa, le critica y trata de envilecerle. Si es amo é ignorante y cruel, hace mártires, y se esfuerza para destruir la fé heterodoxa con el hierro y con el fuego. ¿Es esto lo que manda la ley fisiológica? ¿No quiere ella que nuestros semejantes gocen de las mismas prerogativas que nosotros?

Pero el hombre privado de la importante facultad de que nos ocupamos, no daña solamente á los demas sino que se daña á si mismo. Desde luego se priva del sentimiento de beatitud que acom-